



# La ciudad de la piel de plata Félix G. Modroño



La ciudad  
de la piel  
de plata

Félix G.  
Modroño

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1619

© Félix G. Modroño, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

Primera edición: octubre de 2023

ISBN: 978-84-233-6398-8

Depósito legal: B. 15.149-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70

/ 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# Las inundaciones

*26 de agosto de 1983*

Cobijado bajo un enorme paraguas gris, Alberto Cepeda caminaba ensimismado hacia el lugar donde su primer amor le ahogó el corazón casi diez años atrás, el mismo día que Bilbao también quedó anegada bajo las aguas de una riada traicionera. Durante ese tiempo, el joven ingeniero se había negado a regresar, resentido por las circunstancias que le empujaron a marcharse cuando se disponía a empezar sus estudios universitarios. Ahora, una atractiva oferta de trabajo le obligaba a enfrentarse con sus incertidumbres y sus miedos si pretendía reconciliarse con la tierra que le vio nacer.

Desde que se fuera, a finales de aquel agosto aciago de 1983, su memoria había recreado tantas veces la escena en la que Arantza daba por concluido su noviazgo adolescente que ese pensamiento jugaba con su cordura. Bilbao celebraba Aste Nagusia, su semana de fiestas; y, después de unos días lluviosos de jolgorio culminados con fuegos artificiales, en los que apenas se separaron más que para dormir, ese

viernes Arantza le decía que se estaba enamorando de otro. Aquella revelación bajo los soportales de la iglesia de San Nicolás le noqueó. En ese momento se sintió incapaz de reaccionar, de preguntarle nada. La conocía de sobra como para saber que, por mucho que le suplicara, la decisión era irrevocable. Y mientras ella le animaba a contestar en busca de una respuesta que aplacara su conciencia, Alberto se limitaba a dejarse hipnotizar de nuevo por aquellos ojos azules, inundados por las lágrimas, con la certeza de que jamás los olvidaría. A sus oídos seguían llegando palabras que se amontonaban desordenadas en su cerebro, sin ánimo de procesarlas. Los dime algo, Alberto, por favor; los lo siento; los eres la persona más buena que he conocido o los nunca te voy a dejar de querer conformaban una nebulosa de sonidos huecos, carente de significado.

Aún tuvo arrestos para acompañarla en silencio los escasos metros que separaban la iglesia de la estación de cercanías desde la que partían los trenes con destino a Las Arenas. Antes de marcharse, ella le acarició las mejillas con ambas manos y él se dejó besar con dulzura los labios por última vez.

Lo que ocurrió a continuación le resultaba confuso. Acaso se quedara en el andén con la mirada perdida en unas vías ya vacías cuyo horizonte desdibujaba una lluvia furibunda. A medida que avanzaban los minutos parecía que el cielo se quisiera desplomar. Justo antes de decidirse a abandonar la estación, recordaba haber mirado su reloj, un viejo Citizen que constituía todo el legado material de su abuelo materno, fallecido cinco años atrás sin poder

disfrutar apenas de su merecida jubilación. Se extrañó de que solo fuesen las cuatro y diez de aquel insólito día de agosto, en el que caía la noche de una forma inquietantemente prematura.

Todavía quedaban casi dos horas para reunirse con su cuadrilla en una de las *txosnas* instaladas en el Arenal. Lo cierto es que no tenía ganas de juerga y menos de dar explicaciones a sus amigos sobre lo que acababa de ocurrir con Arantza. Claro que la alternativa de tomar el tren de Portugalete y aparecer en casa demasiado pronto, en plenas fiestas, tampoco le seducía porque necesitaba una excusa ante su madre con que justificar su repentino regreso. No contempló la posibilidad de decirle una mentira piadosa que ella fingiría creer, habida cuenta de la fe ciega depositada en su hijo mayor.

El diluvio decidió por él.

Caminó sin aparente rumbo fijo, dejándose empujar por la lluvia, como si quisiese renacer por la fuerza purificadora del agua, sin ser consciente de que aquel temporal procedía del mismísimo infierno. Y eso que las elevadas temperaturas que venía padeciendo la ciudad a lo largo de la semana podrían haberle alertado de aquella anormalidad climatológica, más propia de países tropicales. Pero ni él ni sus paisanos se imaginaban el desastre que se les avecinaba.

Nunca estuvo seguro del recorrido exacto de esa tarde. Supo que había cruzado el puente del ayuntamiento porque le costó abrirse paso entre la maraña de gente arremolinada junto a las barandillas que contemplaba la crecida inusitada de la ría, un espec-

táculo que terminaría en tragedia. También recordaba haberse fijado en la cartelera del teatro Buenos Aires y luego en la del cine Trueba, atraído por su desmesurada afición al séptimo arte. Sus pasos le condujeron a los jardines de Albia, su rincón favorito de Bilbao, un oasis de árboles frondosos que competían en altura y en señorío con los edificios circundantes y que constituía el último reducto de aquel Abando poblado de caseríos, entre riachuelos y alamedas, que tuvo que claudicar ante la imperiosa necesidad de crecimiento de la ciudad.

Alberto continuó con su paseo sin preocuparle su destino, aunque tampoco le importaba demasiado. A medida que transcurrían los minutos, azuzado por el duelo, pensaba en que ya le resultaba absurdo comenzar sus estudios universitarios en Bilbao, según lo previsto desde siempre. Su familia estaba a punto de mudarse fuera del País Vasco, empujada por el miedo a los atentados terroristas que habían rondado a su padre, y eso que solo ejercía un cargo directivo de nivel medio en el departamento financiero de una empresa constructora. Pero algunos de los trabajos ejecutados por Entrecanales y Távora, como la central nuclear de Lemóniz y la autovía vasco-aragonesa, habían sufrido los ataques de ETA, empeñada en frenar el progreso con argumentarios ecologistas. Y de no ser porque un operario descubrió un paquete bomba en los lavabos de las casetas de obra situadas en Pobes minutos antes de que estallara, Alberto hubiese sido un adolescente huérfano.

Desde aquel día, su padre, junto a un amigo policía que le esperaba todas las mañanas en el portal

para acompañarlo hasta el garaje, situado en los sótanos de un bloque de viviendas colindante, miraría debajo de su vehículo antes de arrancarlo para cerciorarse de que no había ningún objeto sospechoso. Cosa que Alberto desconocía entonces.

Por desgracia, él mismo se convirtió en testigo del asesinato de un joven guardia civil, novio de una vecina, al que ametrallaron en el coche aparcado delante de su edificio justo cuando él salía hacia el colegio. Casi cuatro años después, le seguía sorprendiendo la parsimonia con la que actuó aquella tarde, en la que acudió a clase como si se negase a asimilar lo que acababa de presenciar, fruto del grado en que la violencia estaba interiorizada en la vida cotidiana de los vascos, incluida la de Alberto. Aun así, las imágenes de aquel muchacho moribundo, con la cabeza apoyada sobre el volante haciendo sonar la bocina, le asaltaban con frecuencia. Sin embargo, lo que más pánico le produjo fue que dos policías de paisano lo sacaran del aula, delante de todos sus compañeros, para interrogarle a solas en el despacho del director. Se preguntaba cómo demonios sabían de su presencia en el lugar del atentado si no se había atrevido a contarle nada a nadie. Tampoco las tenía todas consigo con la pareja de policías, a la que miraba receloso, porque igualmente aquellos individuos podían ser terroristas en busca de información. Por suerte para su conciencia, las dos personas que habían cometido el crimen llevaban pasamontañas, por lo que solo consiguió describir su vestimenta y la furgoneta que los aguardaba con el motor en marcha. Además, le aterraba que sus compañeros le acusaran de chiva-

to, a causa de las simpatías que los componentes de la banda terrorista generaban entre muchos de ellos. Hasta aquel momento, incluso él se dejaba seducir por las supuestas hazañas de los activistas de ETA, a los que consideraban sucesores de los héroes carlistas, alentado por los monitores del grupo Scout al que pertenecía, quienes les inducían a odiar todo lo que sonase a español. Entre las canciones juveniles que se cantaban en los autobuses que los llevaban a los campamentos nunca faltaban soflamas en forma de melodías que nada tenían de inocentes, como la de «Rojo y amarillo, cagada de Caudillo; rojo, blanco y verde, la bandera más alegre» o «Que se vayan, se vayan, se vayan, que se vayan de una puta vez; que se vayan, se vayan, se vayan, que se vayan para no volver. Adiós, amigos; *goodbye, my friends*; idos *pa* España, idos *pa* España, que allí estáis bien. Que se queden, se queden, se queden; que se queden sin respiración...», haciendo alusión a la policía. Los monitores también les enseñaron canciones en euskera, que los muchachos aprendían de memoria sin saber lo que decían. Algunas eran reivindicativas y otras, la mayoría de ellas, simplemente festivas; pero como todas llevaban la palabra *eta*, Alberto pensaba que cantaban las proezas de la banda terrorista, sin saber que *eta* era la conjunción copulativa vasca, equivalente a la *i* griega en castellano. Todavía resultaba más paradójico que mientras su padre trabajaba en Lemóniz él llevara en su cazadora una chapa amarilla con un sol rojo sonriente en la que podía leerse en euskera: «¿Nucleares? No, gracias». Lo veía tan natural que ni siquiera aquellas situaciones

le producían desasosiego. Al fin y al cabo, sus padres eran una pareja de zamoranos que un día llegaron a aquella próspera tierra en busca de un futuro mejor para ellos y para los hijos vascos que tuvieran, igual que tantos otros cientos de miles procedentes de las dos Castillas, León, Galicia, Extremadura o Andalucía.

Por aquel entonces, Alberto aún era demasiado joven para asimilar el marco contradictorio en el que había ido forjando su personalidad. Por un lado, se hallaba influenciado por un ambiente *abertzale*; pero, por otro, se sentía muy orgulloso de sus raíces y le encantaba pasar las vacaciones en el pueblo de sus ancestros, un pueblo que también era el suyo. Asumía con absoluta naturalidad que su padre, antes de emprender esos viajes que los llevaban hasta Villalpando, cubriese la I de la placa de su vehículo, de modo que una simple tira de cinta aislante blanca convertía un coche alavés en uno valenciano, para evitar cualquier percance provocado por la animadversión que despertaban los vascos más allá de su territorio en esos tiempos, tan plagados de atentados que fueron conocidos como *los años del plomo*. Aunque, en verdad, había algo que sí le irritaba a Alberto: que cuando decía que era vasco, *ipso facto* le llamaran etarra de manera burlona, si bien él se limitaba a responder con una sonrisa indefinida en la que solo los más avezados leían la palabra *gilipollas*, por lo cual pocos podían leerle el pensamiento.

Porque si de algo estaba seguro era de sentirse orgulloso de haber nacido en esa tierra montañera, que conocía al detalle gracias a las excursiones de su

grupo Scout, pintada de una miríada de verdes por la lluvia. Esa lluvia que habitualmente caía amorosa en forma de sirimiri y que ahora se ensañaba con un ímpetu desaforado sobre las calles de Bilbao, ahogando todos los sonidos de la ciudad con su salvaje repiqueteo.

No pensó en resguardarse en ningún momento. Mientras el agua resbalara por su cara, arrastraría las lágrimas que se atreviesen a aparecer. Hasta ese día, no recordaba haber llorado por un dolor que no fuera físico. Ni las numerosas veces que la pandilla de quinquis de su barrio le buscaba para agredirle por empollón, ni con las muertes de su abuelo o de su hermano pequeño, ni siquiera con la de Fofó, el idolatrado payaso de la tele de su infancia. Quizás porque aún no conocía los efectos de las heridas en el alma. Así que, al secarse de vez en cuando los ojos con las palmas de las manos, quería creer que solo se trataba de lluvia, a pesar del ligero escozor de sus lagrimales.

Ahora que su relación con Arantza acababa de concluir y su familia se marchaba, sopesaba por primera vez no quedarse él tampoco y buscar otro lugar lejos del País Vasco donde seguir con sus estudios universitarios. No es que tuviese excesiva vocación de ingeniero. Desde niño le había llamado la atención cursar Periodismo y poder dedicarse a la radio; pero sabía que matriculándose en una escuela de ingeniería haría feliz a su padre, quien sentía una profunda admiración por los técnicos de nivel superior que conocía en las obras en las que trabajaba. Y, de algún modo, tenía que corresponderle por el

sacrificio que él y su madre habían llevado a cabo, proporcionándole una educación en uno de los mejores colegios de su entorno, administrando cada peseta que entraba en casa. No en vano sería el primer universitario de su familia; al igual que ocurría con muchos de sus compañeros, hijos también de emigrantes sin oportunidades en sus localidades de origen.

Caminaba con la vista al frente, sin apenas elevar la cabeza. Como si en aquella ciudad careciese de sentido mirar hacia arriba más que por las noches en las que el fuego de las chimeneas de Altos Hornos de Vizcaya teñía de rojo un cielo tan contaminado que, de día, vestía siempre de un aburrido gris amarronado, muy diferente de esa otra bellísima gama de grises conformada por la danza permanente que el sol y las nubes bailaban en alguna parte, más allá de una polución que tiznaba los edificios hasta convertirlos en la homogeneidad parduzca en que se habían convertido tanto Bilbao como los pueblos y villas que la rodeaban, ocultando su personalidad. Además, en los últimos años, la recesión económica dejaba herida de muerte a gran parte de la industria pesada ligada al acero, a la energía y a la fabricación de grandes bienes de equipo, por lo que numerosas fábricas y talleres auxiliares, enclavados en el propio casco urbano del Gran Bilbao, estaban siendo abandonados a su suerte, sembrando de fantasmas oxidados de hormigón las márgenes de la ría, donde se adentraban las aguas saladas del mar Cantábrico para confundirse con los caudales abrazados de los ríos Nervión e Ibaizábal.

A medida que pasaban los minutos, las calles se

mostraban cada vez más desiertas y la gente se dividía entre los que celebraban las fiestas dentro de los bares y los que se acercaban expectantes a las orillas de una ría a punto de desbordarse.

Poco antes de llegar al puente del Arenal, Alberto tuvo que esquivar la tapa de una alcantarilla que saltó por los aires justo delante de él, permitiendo la salida incontrolada de un agua embarrada e iracunda que le manchó los vaqueros. Al otro lado de la ría, las *txosnas* acababan de cerrar ante lo que se acercaba. Y en pocos minutos, los integrantes de las comparsas pasaron de disfrutar del jolgorio y de servir talos con chistorra a ejercer de voluntarios para tratar de persuadir a los cientos de curiosos que se hallaban en las inmediaciones de que regresaran a sus casas, avisándolos del peligro que suponía permanecer allí, ya que el ayuntamiento les había informado de que las aguas que estaban a punto de llegar a Bilbao venían arrasando con todo lo que se encontraba a su paso, ya fuesen árboles, coches, vagones de trenes e incluso bombonas de butano que podían estallar. Sin embargo, la muchedumbre no quería perderse el espectáculo y se resistía a dejarse convencer por unos jóvenes festeros que, poco a poco, consiguieron su propósito de despejar de mirones los alrededores de la ría, de modo que evitaron, aun sin saberlo, una tragedia mayor.

Al percibir la situación, Alberto consideró que había llegado el momento de regresar a casa, pero ya era demasiado tarde porque el servicio de trenes en la estación de Portugalete, situada junto a la ría, llevaba un rato suspendido. Sin pensárselo dos veces,

cruzó el puente del Arenal en dirección a la parada de autobuses que se hallaba al otro lado. Enseguida se dio cuenta de su error de cálculo por no haber sabido vislumbrar la magnitud de lo que estaba por venir. Apenas llegó a la margen derecha, las aguas se salieron de su cauce y, poco a poco, le ganaron terreno al muelle hasta alcanzar las aceras. En ese lapso de tiempo, la poca gente que quedaba en los alrededores comenzó a desperdigarse rápidamente con el fin de refugiarse. Alberto, perplejo, optó por adentrarse en la calle Correo, una de las arterias del Casco Viejo que desembocaban en el Arenal, en busca de algún bar en el que poder esperar a que el temporal amainara. Sin dejar de mirar atrás, caminó raudo hasta llegar al Café Lago justo en el momento en que un joven espigado de pelo largo y rostro afable se disponía a cerrar la puerta para evitar que el agua se colara dentro en la medida de lo posible. Al verlo en la entrada, absolutamente empapado y con el susto en la cara, el hijo del propietario del local le animó a pasar.

—No está la tarde para paseos —le dijo Boni, con esa retranca cántabra, heredada de su padre, quien también miró al recién llegado con amabilidad.

El Café Lago era un establecimiento afamado por su buena cocina casera, al que Alberto acudía con Arantza para tomar chocolate con churros, aunque no con la frecuencia suficiente como para tener confianza con los dueños. Estaba instalado en una casa que había pertenecido a la duquesa de Alba, estrecha, con poca fachada pero con bastante profun-

didad. Tenía un mostrador alargado a la izquierda, habitualmente repleto de pinchos y de tortillas, donde ahora Boni, su padre y un camarero apilaban mercancía para ponerla a salvo de la inminente riada. A la derecha, enfrente de donde finalizaba la barra, arrancaba una escalera que conducía a la planta superior, en la que se ubicaban las oficinas.

Alberto los ayudó en la labor mientras el local se iba inundando sin remisión. Cuando acabaron, sin importarles que el agua les llegara ya por las rodillas, se sentaron para contemplar el curso de los indefectibles acontecimientos. El hecho de que estuviesen agotados, después de casi una semana calurosa de fiestas, contribuyó a incrementar el estoicismo con que esperaban a que se calmase la tempestad.

Desde su fundación, allá por 1300, el Casco Viejo de Bilbao había tenido que lidiar con los aguaduchos. Por su peculiar enclave, rodeada de montañas, los bilbaínos vienen denominando *botxo*, de manera cariñosa, a su querida villa. Y es esta particularidad orográfica, unida al estrecho trazado medieval de sus calles, construidas en esa coqueta cavidad entre los meandros de la ría, lo que la hace propensa a sufrir frecuentes crecidas de agua como las de aquel desgraciado viernes de agosto de 1983, en el que las noticias que llegaban a través de la radio sonaban desalentadoras, porque insinuaban que la situación estaba más descontrolada que nunca.

A medida que avanzaba la tarde, comenzaron a sentir un frío intenso, aunque prefirieron seguir contemplando la calle sin abandonar la planta baja, a pesar del medio metro de agua que inundaba el lo-

cal. Al padre de Boni, un hombre que había tenido que buscarse la vida desde niño, cuando llegó a Bilbao para trabajar de chico al servicio de los estudiantes de Deusto más adinerados, no se le ocurrió otra cosa que cortar jamón y abrir una botella de manzanilla para entrar en calor.

—A mal tiempo, buena cara —se limitó a decir, con el cuajo suficiente como para brindar.

Para Alberto luego vendrían otras muchas manzanillas, sobre todo en las Ferias de Abril de Sevilla, si bien jamás olvidaría aquella primera vez.

Fuera, el agua se escapaba a borbotones por las alcantarillas, seguía lloviendo torrencialmente y no había visos de que fuese a escampar, pero tampoco aumentaba la crecida en la cafetería. A eso de las nueve de la noche, todavía sentados en la planta inferior, vieron perplejos cómo era arrastrado, ahora por la fuerza de la corriente, un Ford Escort azul, lo que indicaba que la inundación ya no solo procedía de los sumideros, sino que la ría se había desbordado por todo el Casco Viejo, convirtiéndolo en un enorme entramado medieval de canales de aguas cenagosas.

—¡El coche del de calzados Muro! —exclamó el padre de Boni, sorprendido.

En ese preciso momento el nivel del agua subió otro medio metro de manera repentina y fue entonces cuando comenzaron a tomar conciencia real de la magnitud de la catástrofe.

—¡Para arriba! —gritó Boni, casi empujando al resto.

Subió primero el camarero y luego Alberto.

A Boni y a su padre los detuvo por un instante el estallido de la cristalera de la fachada, seguido de los chispazos que se sucedían descontrolados en las luces del techo, adonde acababa de llegar el agua, en forma de ola furibunda, con la intención de arrastrar hacia fuera todo cuanto encontrara a su paso. De no ser por la rápida intervención de su padre, que le tiró por el pelo hacia arriba al verle caído sobre la escalera, el agua también se hubiese llevado a Boni.

Todavía con el susto en el cuerpo y ateridos de frío, llegó el apagón. Les sorprendió escuchar el sonido del teléfono en la oficina. Por suerte, funcionaba. Era Carlos Pérez, preocupado por su taller de joyería en la calle Bidebarrieta, interesándose por la situación.

—No lo quieras saber —le dijo el padre de Boni al propietario de Perodri.

Cuando concluyó la escueta conversación, se dirigió a Alberto para preguntarle si tenía que hacer alguna llamada. Este asintió, con educación, y marcó el número de la casa de Arantza. Al darse cuenta de que era ella quien contestaba, se tranquilizó y, por unos segundos, consideró colgar el auricular sin decir nada.

—¿Sí? ¿Quién es? —volvió a preguntar ella.

—Hola, Arantza. Solo quería saber que habías llegado bien.

—¡Alberto! Sí, por poco. Espero que tú también.

—Sí... Claro. Bueno, ya nos vemos... —respondió, con un nudo en la garganta.

—Sí, ya nos vemos. Cuídate. *Agur*, Alberto.

El muchacho agradeció que estuvieran totalmente a oscuras para no tener que disimular su tristeza. Aunque en esas circunstancias, resultaba complicado distinguir la tristeza de la preocupación. Ese «Cuídate» de Arantza le resonaría durante toda su vida en la cabeza. «Cuídate.» Una de las palabras más traicioneras que conocía. En sus labios, le sonó a «Quiero que creas que te aprecio, pero no tengo intención de verte nunca más». Él mismo la emplearía posteriormente cada vez que daba por concluida una relación, a sabiendas de su significado. Un «Cuídate» tras otro que le serviría para engañar a su conciencia, ya que aplacarla se le antojaba un milagro.

—¿Puedo hacer otra llamada? —preguntó Alberto.

—Las que quieras —respondió Boni, que iba recuperando la compostura después de haber visto la muerte demasiado cerca—. Aprovecha que todavía tenemos línea.

Procurando serenar la voz, esta vez el muchacho marcó el número de su casa. Fue su madre quien cogió el teléfono sin que apenas le diese tiempo a sonar.

—¿Alberto?

El joven aspirante a ingeniero se sonrió ante las dotes adivinatorias de su madre; similares, supuso, a las del resto de las madres.

—Sí, mamá. —Alberto la llamaba así, al contrario que la mayoría de sus amigos, que empleaban el *ama* vasco.

—¡Ay! ¡Gracias a Dios! ¿Estás bien?

—Claro, mamá. No os preocupéis. Es solo que me he quedado atrapado en el Casco Viejo. Estoy a

salvo en la primera planta de una cafetería. No hay peligro —sentenció, intentando parecer lo más convincente posible, sin tenerlas todas consigo—. Y vosotros, ¿estáis en casa?

—Sí. No hemos salido en todo el día. Creíamos que iba a ser más fácil preparar la mudanza. Tenemos el salón hasta arriba de cajas —respondió ella, sin un atisbo de reproche.

—Bueno, mamá. Tengo que colgar, que hace falta que deje libre el teléfono. No sé cuándo voy a poder volver, pero no os preocupéis, que estoy fenómeno —insistió.

—Un beso, hijo. Llámanos si pasa cualquier cosa.

—Claro. Un beso, mamá.

Efectivamente, el teléfono no dejó de sonar a lo largo de toda la noche. Se había corrido la voz entre los propietarios de los comercios vecinos de que Boni y su padre estaban allí, y quienes aún tenían línea en sus domicilios los llamaban para saber de primera mano lo que iba ocurriendo más allá de lo que fuese diciendo la radio, convertida ya en el único noticiero. En el Café Lago se escuchaba la voz de Alfonso Amézaga desde los micrófonos de Radio Nacional, que aparcaba por unas horas sus controversias deportivas para contar la mayor catástrofe natural de Bilbao en una de las peores noches de su historia, con el agua corriendo desbocada por encima de los puentes, provocando un colapso total.

Lo que llegaba del exterior era el estruendo de grandes objetos arrastrados por la riada golpeando contra las paredes de los edificios y el repiqueteo incesante de la lluvia.

A eso de las cuatro de la madrugada, por arte de magia, el nivel de las aguas descendió vertiginosamente, de modo que incluso se podía transitar con cuidado por unas calles cubiertas de lodo. Boni, acompañado de Alberto, decidió dar una vuelta para comprobar el estado de los comercios de los alrededores para así poder informar a sus dueños. La mayoría de ellos se encontraban arrasados, incluidos sus propios locales, tanto los bajos del Lago como los de la cafetería Brasil, que se hallaba casi enfrente y que acababa de ser reformada por completo. Y los que, por suerte, por su estructura o por un milagro, habían conseguido evitar la furia del agua, sucumbían ahora al pillaje de los desaprensivos que se aprovechaban del caos para llevarse cuanto podían, empezando por el taller de joyería Perodri. Boni amagó con enfrentarse a los saqueadores, pero Alberto se lo impidió.

—Ya has esquivado una vez a la muerte esta noche. No tientes a la suerte —le susurró, asiéndole con suavidad del brazo, con una madurez impropia de sus dieciocho años, como si fuese el protagonista de uno de esos cómics de aventuras que leía de niño.

Sin embargo, no se habían terminado los sustos. Igual que si de una maldición bíblica se tratara, las aguas volvieron a crecer a toda velocidad, con un ímpetu desaforado, lo que provocó la huida general. Pero no a todo el mundo le dio tiempo a ponerse a salvo. Justo en el momento en que Boni y Alberto entraban en el Café Lago, vieron como la riada se llevaba a un joven que tenía pinta de haber intentado saquear la sastrería de Rafael Matías, ubicada en

los bajos de la vecina casa palacio de Allende Salazar.

No volvieron a salir de su refugio en el resto de la madrugada; aunque, al menos, pudieron ir respondiendo a las llamadas telefónicas de quienes se resignaban a escuchar lo evidente: que no quedaba rastro de sus negocios. El último en interesarse fue José Miguel Gorbea. Quería averiguar si la puerta de su tienda de moda estaba intacta. El padre de Boni echó un vistazo por el lucernario para constatar lo que ya sabía, que lo único que había respetado la inundación era la puerta, pero el resto del local se encontraba devastado.

—Hombre, José Miguel, lo que se dice la puerta está cerrada de puta madre. Eso sí, no ha quedado ni el aire —le soltó a bocajarro.

A medida que clareaba, la lluvia iba cesando, hasta que a las diez de la mañana el cielo vizcaíno fue dominado por un sol cegador que disipó todas y cada una de las nubes, exhaustas después de haber arrojado casi seiscientos litros por metro cuadrado en las últimas veinticuatro horas. Las aguas de la ría volvieron a su cauce, dejando tras de sí un infierno de casas arrasadas, edificios destruidos, vehículos destrozados e infraestructuras inservibles. Las inundaciones no solo habían afectado a Bilbao, sino al resto de la provincia, a Álava e incluso a Cantabria. Además de los cuantiosos daños materiales, hubo que lamentar la pérdida de una treintena de vidas humanas.

Alberto abrazó a Boni antes de marcharse con el propósito de recorrer a pie los trece kilómetros que

le separaban de su casa en Portugalete. En cuanto llegó al puente del Arenal contempló los efectos de aquella pesadilla de barro que había anegado los ya maltrechos pulmones de una ciudad en decadencia, sumergiéndola en una brutal catarsis.

En los alrededores de la ría no quedaba nada intacto: mercados y estaciones inundados, centenares de coches enfangados, vagones convertidos en chatarra, puentes que apenas conservaban su esqueleto... y absolutamente todos los comercios arruinados.

Sin embargo, Alberto pudo comprobar cómo comenzaban a llegar los primeros voluntarios, que pronto se convertirían en un ejército armado de katiuskas, palas y cepillos, decididos a recuperar su ciudad en una quijotesca cruzada contra los escombros y el fango que los salpicaba hasta las cejas, con las comparsas al frente.

Tres horas más tarde, llegaba exhausto a Portugalete, sin dejar de pensar en su futuro y en Arantza. Le resultó inevitable elucubrar sobre la identidad del tipo del que decía haberse enamorado. ¿Cómo le habría conocido? Sus cuadrillas apenas se separaban, por lo que su vida social no transcurría mucho más allá de ellas. El imaginar que pudiera tratarse de alguno de sus amigos llegó a inquietarle y le incitó a decidirse. Sonaba cobarde, y máxime en aquellas circunstancias, pero sabía que terminaría marchándose. Nada más entrar en su calle vio a su madre asomada al balcón de aquel quinto piso sin ascensor que había constituido su hogar desde que tenía uso de razón. Un hogar que, a pesar de todo, siempre llevaría en el corazón.